

MANOS DE ORO

En los montes que se hallan en las cumbres de Daute hay una vieja casa en ruinas. Las paredes de piedras blanquecinas recubiertas de musgo y líquenes antiguos encierran una historia escalofriante y tétrica. Los oscuros montes de laurisilva, de tierras negras y aguas silenciosas y subterráneas, están poblados de piedras llenas de historias. Cuando los volcanes antiguos sepultaron de lava las cumbres de la isla, dejaron enterrados a los seres que portaban las palabras mágicas. Si buscamos con atención podemos encontrar piedras negras, de textura áspera, con formas caprichosas e irregulares. Esas piedras son los portadores de historias petrificadas... Pero hay que saber mirar de forma especial, con ojos de mar, para poder reconocerlos.

En la Casa de los Tomillos, que es como se conoce esa vieja ruina abandonada, encontró Diego Pum uno de esos seres, extraño y petrificado lo reconoció nada más verlo por una gota de sangre que caía perpetuamente de una especie de dedo deforme en uno de los extremos de la piedra. Lo guardó durante mucho tiempo y nunca quiso contar su historia.

Esa casa se encuentra en una de las cumbres más altas del Monte del Agua. La rodean los tomillos, la sildana, el alcalitofe y otras hierbas olorosas que la envuelven en fragancias al atardecer. Es una casa solitaria en medio del monte oscuro. No hay carretera ni sendero claro. Para llegar hasta ella, es necesario conocer bien el terreno y escalar la colina hasta sentir el aire más puro, fresco y saludable que ha entrado a nuestro cuerpo. El primer día que subí hasta la Casa de los Tomillos me recosté a descansar bajo un arbusto de laurel y de pronto en el duermevela del mediodía Diego Pum me contó otra historia.

Hace tiempo dos hermanas fueron a vivir solas en la casa de aquella colina solitaria. Llegaron acompañadas de algunos criados que las ayudaron a subir los enseres y útiles necesarios para vivir allí durante una larga temporada. Dos



Foto: Salvador Beltrán López

hermanas jóvenes, casi adolescentes, y una criada vieja quedaron en el destierro, en la soledad de los montes, para buscar la salud.

En aquella casa moraron antes muchas personas enfermas del pulmón para curar con el aire limpio sus males.

La más pequeña, enferma y débil, se sentaba en la puerta de la casa a respirar el aire con ansias de salud. La mayor paseaba melancólica y cosía para inventar quehaceres en el tiempo parado en el que vivían. Parecía que un día era igual a otro. Parecía que el tiempo allí no caminaba. Una sólo pensaba en robar del aire la salud que no tenía. La otra medía las horas y los minutos que pasaban bordando pañuelos. Cada bordado acabado era un trozo de tiempo robado por aquella soledad.

Nunca se habían visto pañuelos de seda tan bien tejidos ni dibujos tan perfectos. Parecía que los hilos hablaban de los sueños y de las penas de aquellas muchachas. Cada bordado era un cuadro que hablaba de amores lejanos, de jóvenes fuertes y de fiestas alegres. Otros contaban las penas, los amores olvidados, las alegrías pasadas y los odios que renacían como heridas en el alma.

“Manos de oro. Manitas de oro”. Repetía la vieja criada cada vez que guardaba uno de aquellos pañuelos en el cofre. ¿Para qué quieres tantos pañuelos? Repetía cada vez que la muchacha le daba uno terminado. “Para medir el tiempo”, contestaba la niña cada vez más triste.

Cada pañuelo iba robando alegría y salud a la muchacha. Y por el contrario la niña enferma cada vez que su hermana terminaba un pañuelo nuevo enrojecía un poco y respiraba con más fuerza.

Parecía que cada historia bordada quitaba vida a una para dársela a la otra. La muchacha enferma que día a día sanaba sin nadie saber cómo empezó a hablar con las plantas en secreto. Cada hierba, cada arbusto, cada hoja y cada helecho antiguo le contó sus secretos y sus embrujos.

Elena empezó a hacer hilos con las hojas de plantas y se los daba a su hermana Fátima para que bordase con ellos. Elena pasaba los días recolectando plantas, las prensaba y luego devanaba con cuidado finas hebras con distintos tonos y olores. Fátima cosía y bordaba y cada día palidecía. Cada vez que enhebraba la aguja parecía que la vida se le iba con el hilo. La aguja dorada brillaba en el cosido y a su lado Elena suspiraba y sonreía.

La vieja criada asustada repetía sin cesar. “Manos de oro. Manitas de oro, cuidado con las plantas y con las hierbas que guardan secretos muy antiguos entre sus raíces”.

Elena había aprendido a hablar con las plantas, había aprendido a arrancar los secretos de la vida y de la muerte a los seres subterráneos que moran entre las raíces de los árboles. Si quería la vida tenía que pasar a su hermana hilos emponzoñados que la irían matando poco a poco. Cuando Fátima pasaba los dedos entre las fibras, el veneno le arrancaba poco a poco la vida. Por las noches sentía tras las orejas, entre el cuello como mordidas de pequeños dientecllos, y se levantaba débil, ojerosa, tambaleándose. Elena, al contrario, estaba cada día más lozana.

La vieja criada repetía todos los días. “Cuidado, Manos de oro.

Cuidado, Manitas de oro. Que la vida es como un hilo y hay hilos envenenados”.

Un día inesperadamente murió la vieja criada.

Elena propuso a su hermana bordar una mortaja y las dos comenzaron la tarea. Elena devanaba los hilos y Fátima bordaba la larga sábana. La piel de Elena se iba poniendo tersa y Fátima se marchitaba. Nadie sabrá nunca cómo pasó pero cuando estaba Fátima dando el último punto al sudario, sintió que con aquel punto se iría su vida. Miró a su hermana y la encontró más bella que nunca, aunque su sonrisa denotaba maldad. Sin cortar el hilo, levantó la aguja con todas sus fuerzas y se la enterró en el dedo índice de Elena. Fátima huyó rápida y Elena, después de retorcerse y gritar de dolor, se desangró sobre la mortaja.

Un caminante que pasó por allí encontró dos cadáveres descompuestos y sobre una sábana bordada con extraños hilos que parecían hablar de las angustias y las penas de dos jóvenes enamoradas, encontró una especie de raíz, una piedra de lava retorcida y rara por la que salía una gota de sangre perpetua.

El caminante murió a los pocos días, retorciéndose de dolor y recitando un poema que decía estaba escrito sobre un sudario bordado con extraños hilos olorosos.

*Estaban tres niñas
bordando corbatas
dedales de oro
agujas de plata.*

Me quedé aturdido con aquella historia espeluznante. Durante mucho tiempo, en mis paseos por los senderos de Daute o mis incursiones por los bosques de laurisilva, busqué raíces con formas humana o mandrágoras maléficas. No encontré nada, aunque el día que encontré el sendero que lleva hasta la Casa de los Tomillos sentí una emoción especial y no pude adentrarme en la casa en ruinas. Las raíces de las sildanas y del alcalitofe salían de la tierra y parecía que querían contarme algún secreto.

Diego Pum sabía que aquellas historias me producían mucho miedo. Le gustaba ver mis ojos brillantes saliendo de las órbitas y mis manos apretarse una contra otra, sudorosas. Me contó muchas historias de terror, de duendes, de seres misteriosos y de familiares.

Yo no sabía, en aquella época qué era un familiar. Diego Pum me explicó que había personas que tenía guardados seres sobrenaturales diminutos. Eran los familiares unos esclavos de sus dueños y hacían todo lo que les mandaban. Eran una especie de diablillos caprichosos, con cara pálida, nariz y orejas afiladas y boca rojiza. El pelo enmarañado del color de las esporas de los helechos, los ojos verdosos como hojas, las manos huesudas terminaban en uñas afiladas. Reían mucho, con una risa tan aguda que penetraba en los oídos como agujas. Había personas que sabían hacer familiares con tres semillas de helechos silvestres. Las palabras del conjuro nunca las supo Diego Pum. Pasé toda la vida tratando de averiguar aquellas palabras y no hallé nadie que las supiera.

Los familiares solían vivir dentro de los anillos o en pequeñas cajas cerradas herméticamente.